



Domingo XXII
del Tiempo Ordinario -Ciclo B
29 de agosto de 2021



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Deuteronomio 4,1-2.6-8 No añadáis nada a lo que os mando..., así cumpliréis los preceptos del Señor

El texto sitúa al lector junto al río Jordán en el desierto. Antes de dar el paso que los introduce en la tierra que se les ha prometido quienes han recorrido el camino con Moisés se detienen a hacer memoria, recordando la alianza que Dios ha hecho con ellos y la ley que deben cumplir especialmente en los mandamientos, los cuales nunca pueden olvidar. Es claro que no se enfatiza en una ley en particular, sino en la totalidad de la misma Ley. En el discurso de Moisés se recuerdan los mandamientos y la alianza establecida por Dios, aquel que se ha mostrado cercano, poderoso, aquel que ha caminado por el desierto acompañando a su pueblo a la tierra que se le ha prometido.

Un elemento que cautiva la atención en este texto es la invitación a escuchar, acción que recuerda aquella tradición antigua del pueblo judío del primer mandamiento, consignado en el libro del Deuteronomio comúnmente conocida como Shemá, escucha. Escuchar ahora las palabras que pronuncia Moisés no es otra cosa que el ejercicio de memoria que debe hacer el pueblo desde el corazón, el alma y la mente, pues sólo así se entenderá el sentido de la ley y la alianza, cuyo cumplimiento una y otra vez invita Moisés a que se viva en el pueblo.

Salmo 14 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

Este salmo recuerda el carácter del hombre que vive y permanece junto al Señor. Aunque se ha atribuido a David, como gran parte de todos los salmos, no se puede afirmar que sea así. Tampoco se puede fijar un momento preciso en el que se haya estipulado un instante celebrativo para su uso; se puede decir, eso sí, que probablemente se recitó en el instante en que se entronizó el arca en el templo de Jerusalén (2 Sam, 6), tiempo en el que David se enfrentó de una manera particular y personal a cuestionamientos, los que se podrían recoger en la pregunta que sirve como estribillo: ¿Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

En las tres partes que encontramos de este salmo, al comenzar cada uno de estos fragmentos, se va dando respuesta a la pregunta: El que procede honradamente, el que no hace mal a su prójimo, el que no cae en avaricia, usura y es justo. Esos son los que residen delante de la presencia del Señor. La invitación de este salmo llama a una constante revisión de vida preparando el corazón para poder estar en la presencia de Dios, quien antes caminó en el desierto y ahora, según el pensamiento judío, espera a todos en su morada.



Santiago 1, 21b-22.27 Llevad a la práctica la palabra

Este pasaje hace parte de los textos llamados cartas universales, pues la destinataria es la comunidad de creyentes que con fe y por fe se reúne en torno a la palabra y a la instrucción. Aunque el texto de Santiago se ha identificado como una carta, es una exhortación y esto se deduce tanto al comienzo del texto como al final. Allí aparecen invitaciones como las que contiene el pasaje que se ha proclamado hoy: el reconocimiento de los beneficios y de que todo don perfecto viene de arriba, del Padre, a quién se le reconoce como el Todopoderoso. Entender que todo don perfecto viene de Dios, en quién no hay engaño y quién a través de su palabra comunica la salvación, lleva a que se viva unido; expresión que se sintetiza en el concepto de religión que en el fondo significa unirse y ligarse.

Santiago recoge en la expresión “pura” todo aquello que agrada al Señor, pero también todo aquello que une al hombre con Él. La exhortación que se hace a los lectores del texto se vive en la medida en que se permanezca unido a Él, situación que se expresa en actos de caridad y misericordia: visitar huérfanos y viudas, acompañarlos en sus penas y angustias, pero también en vivir una ética y una moral correctas, evitando mancharse las manos con las situaciones del mundo.

Marcos 7,1-8.14-15.21-23 Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.

El evangelista sitúa a sus lectores hoy ante una de tantas confrontaciones que se suscitan entre Jesús y los fariseos. Es importante saber que el sistema religioso de la época de Jesús se apoyaba en dos grandes pilares: la escritura y la tradición. Para la época los fariseos se clasificaban en dos grandes facciones, uno de un libre pensamiento y otro apegado a lo tradicional y lo riguroso. Es probable que quienes han llegado de Jerusalén en búsqueda de Jesús sea el grupo de los observantes, ajustados a la tradición rigurosa; esto se deduce por el lugar del cual proceden, Jerusalén, y la situación que deja ver el mismo texto. La excusa para entrar en controversia parte de un ritual de higiene, lavarse las manos. Existían tradiciones importantes que los fariseos, inclinados al legalismo, observaban con cierto celo. Una de tantas costumbres consistía en los rituales de pureza. Para ellos, más que un acto de higiene, un ritual de pureza implicaba una limpieza exterior que preparaba para el culto y las celebraciones, puesto que al limpiar las manos, los utensilios y todo lo que se consumía, nada que entraba en el vientre ya limpio podría contaminar, así se llegó a declarar muchos alimentos como impuros.

Ante esta observación y el reclamo que han hecho a Jesús porque sus discípulos están comiendo sin lavarse las manos, incumpliendo lo prescrito por los rituales de pureza, Jesús, quien aprovecha toda ocasión para impartir una enseñanza, afirma que lo que de verdad contamina al hombre no se debe ver en lo que purifican los fariseos, puesto que lo que en sí contamina al hombre es lo que sale del corazón. Jesús, quien observa la Palabra, ahora apela al texto del Profeta Isaías, en el cual se recuerda la hipocresía de aquellos que rinden un culto vacío a Dios, pues viven una religión de cosas exteriores: este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí, el culto que me dan está vacío porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Y la observación lleva a que se hagan conscientes de que han dejado de lado el mandamiento de Dios, para aferrarse a las tradiciones de los hombres dando más importancia a estos rituales que al cumplimiento de la ley.

Frente a lo que ha observado y a lo que enseñan los fariseos, Jesús imparte su parecer ante quienes lo escuchan. Los pecados que aparecen citados en este texto vendrían a ser las realidades que para el tiempo de Jesús se contemplaban con mayor recurrencia y que posiblemente vivían los fariseos y los grupos religiosos. Desde esta perspectiva, éste texto es una profunda invitación a procurar un minucioso examen de conciencia que parta del discernimiento interior, de las acciones del corazón, para llegar a las cosas externas, puesto que lo que afea y contamina al hombre es lo que sale del corazón. Recordando esa realidad de pecado y división que muchas veces aleja de Dios han olvidado el mandamiento que Moisés les ha recordado en el desierto y se han apegado a las tradiciones, que no son malas cuando se viven con sentido de fe y verdadera conversión, pues bien vividas son un ejercicio de memoria que recuerdan cómo se ha cambiado el Mandamiento por los rituales externos, olvidando que lo que se debe lavar y purificar no son las manos sino el corazón, el lugar donde Dios le habla al hombre.



II. PISTAS PARA LA HOMILÍA

- Volver a recordar el sentido de los mandamientos de la ley que preparan el corazón del hombre para entrar en ese profundo diálogo de amistad y cercanía con Dios, quien se sigue revelando y que nos quiere conducir a una tierra prometida también en el hoy de la existencia del hombre
- Hacer caer en cuenta que muchas veces nos quedamos en actos externos que no tocan el corazón pero que si dan cierta comodidad espiritual y que llevan a que se relaje espiritualmente la persona pensando que su modo de ser y vivir está acorde al querer de Dios.
- Recordar cómo la religión pura e intachable ante los ojos de Dios es aquella que se vive en actos de profunda misericordia, experiencia que reside en el corazón y no solamente en las manos.
- Indicar cuál es el fruto que se recoge de vivir un auténtico culto y no solamente el cumplimiento de algunos unos preceptos tradicionalmente religiosos.
- Señalar que. al igual que ayer, hoy esa lista de situaciones de pecado se sigue viviendo.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Bienvenidos hermanos al encuentro de la Iglesia. En nuestra arquidiócesis vivimos la segunda de seis semanas que hacen énfasis en nuestra condición de discípulos misioneros que viven el Nuevo Ritmo en la caridad, cuidando la Casa Común. Con docilidad aceptemos esta invitación desde la palabra de Dios que hoy nos invita a reflexionar sobre cómo estamos viviendo en concreto nuestra religión. Que el Espíritu Santo nos mueva entonces a la verdadera caridad que da vida al mundo, alimentando nuestra alma de su palabra y de su cuerpo y sangre divinos. Participemos con piedad en esta Santa Misa.

Monición a la Palabra

Una pregunta justa que nos hacemos constantemente en el camino de maduración en la fe es si estamos viviendo adecuadamente nuestra religión. Escuchemos cómo a los israelitas se les invitaba a vivir unos mandatos que verificaban su comunión con el Señor, así como también a los cristianos por medio del Apóstol Santiago se nos recuerda que la verdadera religión y la comunión con Jesucristo se concretan en la práctica de la caridad, amor auténtico que se gesta en el corazón y no se queda tan solo en la exterioridad del cumplimiento de la ley. Escuchemos.

Oración de fieles

Presidente: Elevemos nuestras súplicas al Señor movidos por el Espíritu Santo que anima a la Iglesia a vivir en la caridad de los hijos de Dios.

R/. Concédenos vivir en tu misericordia.

1. Por la Iglesia universal, presidida en el amor por el papa Francisco, para que junto con él todos los pastores puedan concretar su enseñanza apostólica en acciones de caridad y misericordia sobre todo con los más necesitados. Oremos.
2. Por nuestros gobernantes, para que siempre en la búsqueda de la verdad trabajen por la justicia social y el bien común, sin dejarse seducir por el flagelo de la corrupción. Oremos.
3. Por todos los cristianos, para que podamos hacer visible en nuestra vida diaria la comunión con Dios y con la creación entera, a través de acciones concretas de cuidado de la casa común y de todos los que necesiten de nuestra caridad. Oremos.
4. Por todos nuestros hermanos enfermos, para que sean acompañados espiritualmente por nuestras acciones de misericordia, pero también materialmente sobre todo los más pobres y que no cuentan con auxilio médico. Oremos.
5. Por nuestra comunidad (*parroquial*), para que podamos generar vínculos reales con quienes convivimos, aún con aquellos que no pertenecen a la Iglesia, y, así generar proyectos que promuevan respeto y cuidado mutuos, de manera que la caridad de Cristo se manifieste y dé vida a nuestra sociedad. Oremos.

Presidente: Haz, Señor, que nuestra religión reluzca cada vez más en el mundo con las mismas acciones misericordiosas de Cristo que pasó por el mundo haciendo el bien. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.